



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Bruera, Matías

Del sentido de la política o la política del sentido



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Bruera, M. (2011). *Del sentido de la política o la política del sentido*. *Revista de ciencias sociales*, 3(19), 225-235. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1521>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

DEL SENTIDO DE LA POLÍTICA O LA POLÍTICA DEL SENTIDO

Matías Bruera

Las palabras y las cosas

Las palabras o los conceptos poseen sus épocas, sus ardides y su encarnadura. Aunque llegan momentos en los cuales los hombres se pierden en las palabras, en su referencialidad y sentido, de la misma manera que los deseos pierden su dirección y las ideas su lógica. La trama semántica de un país, sus adscripciones y omisiones hacen a su cultura y su identidad.

Una larga genealogía política nacional rotularía la noción de “justicia social” entre los principales sentidos disruptivos de nuestra historia. En un momento fulgurante, el justicialismo inscribió este estigma como sinónimo del accionar republicano, y la misma idea de justicia enriqueció sus límites y posibilidades. En el presente esa idea vuelve, aunque pauperizada, a través de cierta alocución que los políticos del más amplio espectro ideológico enuncian cada vez que los medios se lo permiten como si no pudiera evitar decirse: “redistribución de la riqueza”. Los argentinos somos afectos a la polémica, sin embargo no hay representante, periodista o persona “bien pensante” que no acuerde con la idea de redistribuir. Amén de ciertas políticas del gobierno, el gran dilema que la oposición no especifica, es cómo hacerlo y así cualquier versión redistributiva de la renta es como un eslogan publicitario –fetichistamente idealista– pues no aparece como resultado sino como procuración de la buena conciencia ciudadana. La única forma verdadera de justicia social es distribuir algo de forma diferente de como estaba, o sea procurar aquello que a algunos les sobra y de lo que la mayoría carece. Enunciar la redistribución como consigna privilegiada es aggiornar la idea de justicia social de manera “políticamente correcta”, o sea resaltando la forma como intención por sobre el contenido como pragmática.

Tal vez la historia se repita como farsa, aunque esta trasvaloración de los valores parece más una sintomática brumosa de época en la cual la ambigüedad de los discursos encubren la ambivalencia social y política

de los últimos años en la Argentina. Acaso el mayor mérito del gobierno hay sido poner a varios protagonistas de la disputa por el poder en su redil. La realidad se había vuelto difusa luego del fracasado experimento asambleario destituyente de 2001: lo revulsivo de nuestra sociedad no se expresó conjuntamente en contra de la injusta desigualdad que produjo la salida de la convertibilidad; es más, rápidamente naturalizó el hecho de que ciertos ciudadanos husmearan la basura en busca de una supervivencia en ostensible deterioro. La democracia evidenció, como otras veces pero como nunca antes, sus límites —pues basta rememorar cómo el alfonsinismo la había emparentado al garantismo de las necesidades básicas y el menemismo al advenimiento del primer mundo— aunque luego de la crisis posconvertibilidad revivió de las cenizas cual ave fenecida.

La puesta a prueba de la madurez democrática nacional fue el conflicto con el denominado “campo”. Allí se evidenció que el Estado, único actor capaz de realizar en instancias legislativas la tan enunciada distribución, perdió su disputa ante la conjura semántica de cierta clase privilegiada: el nacionalismo campero se unificó con el discurso de los medios más influyentes, todos juntos velando por sus propios intereses. De golpe, las ollas populares se travistieron en cacerolas de teflón cuyo eco resonó en la mayoría de los medios audiovisuales, y los colores celeste y blanco fueron la escenografía excluyente de la disputa. La democracia nuevamente fue puesta a prueba y los intereses particulares se volvieron sociales. Lo contingente, como en toda instancia en donde se pone en juego lo nacional, ha devenido absoluto, y habiendo “ganado” el campo parece que triunfó el país.

Indefectiblemente nuestras naciones latinoamericanas son ejemplos muy concretos de la desigualdad social. Sin embargo, la valoración de juicios sobre la realidad hace al espectro ideológico en pugna, aunque el cambalache ideacional juntó a los actores más insospechados. ¿Qué catequismo pudo reunir a la Mesa de Enlace con la Corriente Clasista y Combativa, la Federación de Tierra y Vivienda disidente y el MST en el renovado *lockout* campero? ¿Hasta qué punto las corporaciones van ganando la batalla cultural cuando un entrevistador soportó estoicamente que De Angelis enunciara que la solución es retenciones cero, impuesto a las ganancias y endilgara la evasión impositiva del sector a un mal desempeño a la AFIP? ¿Cómo se conjugan aquellos dichos amenazantes de Buzzi del retorno del fantasma de la década de 1990 con la “desaparición” de la Oncaa (SRA) y el impedimento por parte del Estado del “normal desenvolvimiento de la actividad productiva y comercial” (Carbap)? Todos estos variopintos argumentos avalaron la nueva avanzada campestre que con el *lockout* pareció apuntar más al debilitamiento del rol del Estado, aunque siempre sazonados con la impronta del beneficio de la “gente” y el “país”.

¿Cómo se explica en el presente la participación de representantes de izquierda almorzando sin atragantarse con Mirtha Legrand o dialogando amenamente con Mariano Grondona? La democracia acepta la ambivalencia; es la cristalización, a veces difusa, de las disparidades económicas y sociales y la coexistencia de valoraciones disímiles acerca de la pluralidad de puntos de vista y de presuntas soluciones dispares. El problema no es la ambivalencia, sino la ambigüedad, es decir la construcción de ficciones que conspiran contra toda posibilidad comunitaria, y que se conjugan en el discurso de diversas representaciones continentales. Cualquier postura sirve como remedo discursivo que vela la ubicuidad: desde idearios separatistas —llamados autonómicos— hasta patrióticos. Este es el último refugio del pensamiento reaccionario —que se viste con ropajes democráticos y adopta su retórica— contra la justicia social.

En definitiva, cualquier contribución actual a la tan mentada vuelta de la política enunciada por el progresismo imperante tiene que seguir intentando develar la (con)fusión discursiva. Mucho se ha hecho en ese sentido, aunque la disputa semántica se devela con hechos. La política siempre se trató de una clara conciencia de ubicuidad, de pensar con palabras el mundo para en un momento intentar cambiar las cosas.

El estado de la discusión política

En toda acción que se plantea una discusión, el diálogo presupone que las palabras significan algo y que dicho significado es inteligible con el fin de arribar a una conclusión que, aunque no común, pueda enriquecer o hacer rever posiciones. Si tales presupuestos resultan insostenibles el diálogo carece de sentido. En ese caso, mejor quedarse en casa, encender la televisión y dedicarse a denostar la política en sintonía con la época y sus aspiraciones.

En estos últimos tiempos la discusión política se ha empobrecido tanto, al nivel de que lo valorable no pasa por no creer en nada sino por replicar con enjundia inusitada el menú retórico de los medios de comunicación. En un juego dialéctico y retroalimentado diariamente, el periodismo y la “gente” se disputan anécdotas triviales que intentan desacreditar cualquier instancia crítica razonada.

Plantear la discusión en estos términos solo contribuye a actualizar la consigna de ese filósofo antiguo que señaló que el 90% de las más encarnizadas disputas humanas no era más que un diálogo de sordos. Hay mucha sordera en el presente y demasiado perfil cacofónico: tal tipo de afirmaciones remanidas no resultan argumentos plausibles de ser discutidos políticamente, sino de ser leídos como conjuros mágicos. Los conjuros evitan las ideas completas, solamente aprisionan y suprimen el significado. Se basan en consignas que a partir de diferentes ejemplos re-

petitivos silabeaban encriptadamente convocar lo que no hay y no describir lo que está presente.

“Que no nos metan la mano en el bolsillo” es uno de los más conspicuos anatemas nacionales, que siempre vuelve. La mano visible del Estado difiere valorativamente de la invisible del mercado.

La cultura del individualismo de los últimos tiempos ha debilitado la figura del individuo. Hace rato que el hombre ha dejado de cifrar su destino en totalidades tales como el pueblo, Dios, la humanidad o el Estado aunque eso no haya contribuido a gestar una individualidad más “rica” pues, si bien se ha apoyado en el presupuesto de la libertad, no ha conseguido determinar el sentido social común de la misma. La libertad y el individuo son el humus sobre el que se asienta la democracia liberal, que se sostiene sobre la idea de que el hombre no se disuelva en un todo. Sin embargo, las consignas se actualizan según las necesidades y en ese sentido siempre se enuncia en paralelo a la individualidad la paradójica necesidad de la fuerza. El Estado, anónimo y aséptico, solo debe aparecer cuando el mercado le reclama el “salvataje” de los que están salvados y que además, resultan ser la “posibilidad” de supervivencia de los que siempre pierden.

Más allá de lo que se publique y se repita sin ninguna mediación crítica en el espacio público o privado, toda la ambivalencia del ciudadano contemporáneo viene de su deseo de protegerse del Estado y ser protegido por él al mismo tiempo. El discurso, más allá de cómo se exprese, siempre apunta a lo mismo: por un lado rechaza su intrusión en la economía, y como contribuyente exige un derecho de inspección sobre el control del gasto público y la política fiscal; por otro lado, considera al Estado como reductor de incertidumbres, garante de su seguridad y de la paz civil. Como dijo Durkheim: “el individualismo ha caminado siempre de la mano del estatismo”. En definitiva, las crisis siempre resultan ser oportunidades económicas, aunque también evidencian la precariedad de las ortodoxias, pues los tiempos cambian pero la moraleja de cierta economía política sigue siendo la misma: “privatizar los beneficios y socializar las pérdidas”.

La competencia como espectáculo

Existe una sintomática de época que atribuye a los juegos competitivos un valor privilegiado en la escena del espectáculo y divertimento nacional. Más allá de que se los barnice como ayuda social o se los estipule como demostración de conocimiento, la competencia se ha impuesto como una característica lúdica excluyente del *show business* televisivo.

Y este no es un dato menor, pues sabemos de la significativa importancia de los medios de formación de masas en el dictado del calendario

político, de su conjunción poderosa con la economía y de su paradójica relación —como señala Alain Touraine— con el valor esencial de la democracia: si tratamos de controlarlos acabaremos con la diversidad de opiniones, aunque si no lo hacemos, acabarán con ella los medios. Ya nadie puede solo creer que son una ventana que garantiza una mirada pluralista del orbe, ya que por ellos todos sabemos e ignoramos lo mismo. Se trata de un gran *reality show* hecho a nuestra medida, pues indefectiblemente como algunos han pronosticado los medios son y serán la fuente principal de pensamiento de la humanidad.

En el capitalismo de producción el control social se realizaba semánticamente a través de las palabras o relatos, en cambio en el capitalismo de consumo en el que vivimos se realiza pragmáticamente mediante cuentas y números. El mercado siempre ha definido al individuo como un ser deseante —de objetos, de estilos de vida o experiencias—, aunque el presente confunde la ampliación de los derechos con la multiplicación de los deseos. Una sociedad de mercado es llanamente una sociedad de servicios basada en la comodidad e inmediatez. La lógica del cliente se ha impregnado tanto en la sociedad argentina de las últimas décadas que el placer del servicio se expresa cotidianamente en un amplio número de ciudadanos que reclaman lo que desean sin ninguna deuda moral, y hacen del sentimiento privado la única realidad afectiva degradando la idea de lo público. Socavado el imaginario de la solidaridad social efectiva y despolitizada nuestra realidad, se ha asentado entre nosotros una ideología que nos liberó del lastre de las relaciones sociales en relación con la conformación de la identidad personal y puso en boga un imaginario en el que cada uno puede elegir libremente el modo de vida que más le guste, puesto que todo es cuestión de estilo, estética y cosmética. El mito consumista cumplió su misión y se forjó en nosotros al potenciar el convencimiento de que ser uno mismo es no estar sujeto a imperativos, compromisos y condicionamientos sociales. Así, cierto sentido común se apoderó de nuestra sociedad basado en una inaudita capacidad intolerante, no ante los atropellos realizados con los desplazados, sino con cualquier instancia institucional o social que impidiera el desarrollo de nuestra configuración personal: los piquetes se volvieron intolerables para la “libre circulación” de los ciudadanos cuyo derecho primordial es “elegir libremente” —sinonimia del ordenamiento jurídico-político—, la demora en el peaje se constituyó en una protesta instantánea y efímera como pocas y los castigos dejaron de ser la meta perseguida por la búsqueda ideal de reparación y justicia, y se estereotiparon en la conformidad de la víctima-cliente respecto de la ampulosidad numérica de la pena.

En sintonía con esto, el individuo en la cultura contemporánea, luego de haber conjugado la ideología de la autocreación, con la opinión personal y el respeto a la intimidad, ha mendigado paradójicamente la

aprobación de los demás, exhibiéndose públicamente a cualquier precio. Aquello que en tanto individuo no toleraría ni de la Iglesia ni del Estado, lo acepta de la máquina mediática. Aparecer en televisión demostrando mi supuesto talento o ventilando mis intimidades adquiere la significación de ser. Dicha revelación instantánea me dispensa de todo trabajo conmigo mismo, pues solo la mirada del otro me dice quién soy y dónde me ubico. En consonancia, el voto de jurados o público –egos ávidos de afirmarse o humillar por un momento– rescata o elimina a los participantes y completa la metáfora de la vida en la empresa circunscrita a la pantalla chica.

Como dice Deleuze: si bien la fábrica ya usaba el sistema de primas e incentivos,

[...] la empresa se esfuerza con mayor profundidad para imponer una modulación de cada salario, en estados siempre metaestables que admiten confrontaciones, concursos y premios extremadamente cómicos. El éxito de los concursos televisivos más estúpidos se debe a que expresan adecuadamente la situación de las empresas [...]. La empresa instituye entre los individuos una rivalidad interminable a modo de sana competición, como una motivación excelente que contrapone unos individuos a otros y atraviesa a cada uno de ellos, dividiéndole interiormente.

Símbolo inalienable de nuestro yo contemporáneo que desea ante todo ocupar el lugar que cree merecer, aunque el costo sea inmenso.

Diálogo

Lejos de la coyuntura política nacional, el diálogo nos remite a ese instante fulgurante de la cultura occidental que es la Grecia antigua. Hay un acontecimiento único e irrepetible en la historia del pensamiento que es aquella instancia comunicativa que ha logrado Platón en sus exposiciones filosóficas a través de esos textos que todavía resultan iluminadores del presente. Sus diálogos están distanciados de nuestra historia por el tiempo y la geografía, aunque el puente del leguaje nos permite acercarnos a esa otra orilla, separada por mares que, como ha dicho Heráclito, por mucho que fluyan siempre se trata del mismo agua.

El diálogo siempre nos remite a la conversión de la lengua en habla y al encuentro que expone no solo la suma del discurso de todos los interlocutores sino también todas las contradicciones. Así, erróneamente el diálogo supone en esta etapa democrática argentina, más allá de las formas amables y el buen trato, el acuerdo irrestricto sobre el “bien” y el “progreso” del país. Como en toda circunstancia dialógica platónica todo pensamiento sobre las cosas es previamente un pensamiento

sobre el lenguaje. Todo diálogo es un pensamiento en voz alta, aunque roto por la presión que en él ejercen los intereses de los que hablan. Se parte de la idea, por nadie discutida, de que todos aquellos que participarán del simposio con el gobierno desean tácitamente terminar con los pobres; habría que ver de qué manera. Así como en los textos platónicos el nombre y la profesión de los simposiastas determinaba su posición respecto del tema tratado, más allá de los representantes de los diferentes partidos políticos tradicionales, encontramos que en la mesa de diálogo nativa participan claros agentes del poder económico local que siempre han presionado a los diversos gobiernos argumentando tautológicamente que el beneficio de sus empresas es indefectiblemente el beneficio de todos y en especial, la única posibilidad de acabar con la pobreza. El derrame nunca ha acontecido, todavía lo estamos esperando y lo seguiremos haciendo mientras creamos inocentemente que la bondadosa y exclusiva función del capital es crear riqueza. Ahora, saber y explicar en qué y en quiénes revierte esa riqueza es una instancia del pensamiento más compleja aunque muy útil. La presencia, además, de la nueva fauna de representantes plutócratas –dícese Macri, De Narváez o el empresariado campestre– nos habla de una nueva cultura política que nuestra sociedad ha aceptado con beneplácito. El poder económico había tenido en la corta vida democrática de nuestro país cierto pudor precautorio en exhibirse abiertamente y prefería representantes profesionales que viabilizaran con más asepsia sus intereses de clase –piénsese en Yabrán. Este nuevo rol expuesto sin pruritos se complementa con un discurso velado sobre los valores que los sustentan. Sin embargo, algunos de sus principios resultaron ya expuestos en muchas de las decisiones tomadas por el gobierno de la ciudad de Buenos Aires, los cuales fueron acompañados con aquiescencia y docilidad por la mayoría de los medios informativos locales, que comparten sus intereses e intentan participar de ese nuevo “banquete”, inaugurado luego de los resultados de aquel 28 de junio, y pretenderán continuar desguzando al kirchnerismo, aspirando a la plausible realización de la restauración conservadora.

Ante tanta prosapia pedestre, la mayéutica socrática puede resultar-nos orientadora, cuando el principal protagonista de los textos platónicos le dice a Eutifrón en el diálogo homónimo:

¿Entonces qué asunto es ese que, al disputar sobre él y no poder recurrir a un criterio, hace que nos irrite y nos enemistemos el uno con el otro? Quizá no tienes aún la respuesta, pero piensa si no estás de acuerdo en que se trata de lo justo y lo injusto, lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo. ¿No son esas las cosas que, cuando disputamos y no hallamos un criterio suficientemente decisivo, nos convierten siempre en enemigos, a ti y a mí y a todos los seres humanos?.

Política y cultura somática

Cierta cultura somática dominó la escena electoral de los últimos años. Es como si los candidatos al no poder expresarse en propuestas condensaran toda su semántica en el ámbito de lo corpóreo.

Portador de signos, el cuerpo, también es productor de signos. Acuña visiones del mundo contrapuestas que se expresan según el orden en la escala social: no es lo mismo un tatuaje que reproduce caracteres orientales, que aquel que graba en la piel con trazo tembloroso, llanamente, el nombre de la madre o los hijos. Tampoco es lo mismo tatuarse el cuello o las manos: la visibilidad constituye parte de la trama enunciativa de los grabados corporales. Hay tatuajes que se ven y otros que pueden fisgonearse como los visillos. La sociedad contemporánea incluye algunos individuos en calidad de personas y excluye a otros individuos en calidad de cuerpos. Algunos caracteres impresos en los cuerpos celebran el proceso globalizador de la cultura, otros solo pintan su aldea. La aldea global, como medio, es el mensaje.

La masa, el cuerpo social, a veces amorfa, otras concluyente, presta atención a estos detalles que resultan nimios desde el punto de vista de la totalidad de la trama, espectaculares desde el *show business* de la imagen, comunicantes simbólicos de la presencia y la re-presentación. Presentarse en sociedad es representarse, o sea ser enunciado a través del discurso publicitario: formular un sentido e informar a la gente de él. De la misma manera que no hay propaganda de un acontecimiento sino que es ella la que lo genera, no hay noticia acerca de los hechos, sino que la estructura técnica y política de los medios de información produce los mismos hechos que ha de informar.

El tiempo nos ha definitivamente distanciado de la potencia de la palabra privilegiando la impotencia de la imagen, cuya dote es la inacción. La cultura empieza por los sentidos y la estilización de los estímulos es un recurso para percibir aquello que nos permita identificar lo que vemos. Mirar es, en la mayoría de los casos, dejar de ver lo que se nos está mostrando. En las sociedades de consumo todos los productos del mercado evolucionan convirtiéndose en estereotipos de sí mismos, o sea meros simulacros. Y la política guionada por los equipos de marketing de los candidatos a partir de tramas publicitarias condensa esa lógica enunciativa.

Un *spot* muy propio y prototípico de la época presenta a una mujer anónima, con “capacidades diferentes”, o sea hipoacúsica que en silencio se expresa con señas y lo que nos dice aparece subtulado. El lenguaje del rostro condensa su discurso, la voz de lo que no tienen voz, y busca conmover y exponer la sensibilidad de una “centro” derecha —como les gusta autodenominarse en la cartografía idealista de las confusas orientaciones ideológicas actuales— políticamente correcta. No

es la voz de los que no tienen voz en el sentido figurado sino real: no clasista, sino componedora y complaciente. Es la alternativa formal tolerable frente a la informalidad intolerable de la “violencia” discursiva, o sea ideológica.

Ser opositor hoy, salvo excepciones, es relajar las diferencias de clase, escamotearlas bajo la máscara de la corrección compasiva y dialógicamente vacía. Es imponer la forma figurada del reclamo como posibilidad de entendimiento por sobre la incompreensión de la ideología.

Sin embargo, la sublimación de lo somático en las últimas campañas electorales se expresa de manera excluyente en la figura de una candidata que ofrece testimonio no de sus ideas sino de la época. Publicitariamente —en sintonía con sus aliados de la derecha que reniegan de su estirpe— se hace llamar “Gabriela”, como si fuera un personaje de “Gran Cuñado”, o sea, un esterotipo caricaturesco de sí misma. Su rasgo distintivo no es su cariz ideológico, sino recorrer la ciudad ayudada por una silla rodante y acompañada de militantes, que como dobles de cuerpo, exponen de pie, detrás de la candidata y para la foto, pancartas con eslóganes efectistas y *merchandising* amarillo. Y aunque puede hablar, poco y nada dice acerca de lo que piensa del mundo, de las relaciones sociales, de la desigualdad estructural, del límite de las retenciones... La silla es su Procusto. Su ideología pasa desapercibida, su posición inmóvil nunca. Pura significación de una de las configuraciones mudas del poder:

La *parálisis* se caracteriza, muy especialmente en sus casos clásicos, por una producción masiva de *ideas de grandeza*, que van alternándose en una sucesión sumamente variopinta y responden con facilidad a estímulos exteriores [...]. Es importante señalar la actitud positiva y la disposición favorable de la masa en el paralítico con ideas de grandeza. La masa nunca se le opone; es en realidad la materia prima que se presta dócilmente a sus planes y que realizará para él todo lo que se le pase por la cabeza. El enfermo nunca puede excederse deseando porque el crecimiento de la masa es tan ilimitado como el suyo propio, y la lealtad que esta le guarda es incondicional, superior a la que nunca ha sido tributada a ningún gobernante por sus súbditos.

La expresión corporal se ha convertido en una sintaxis, en una especie de lenguaje que, sin necesidad de palabras, expresa el estatus, la posición social y la visión del mundo. Pero además, en virtud del empuje del ideario individualista, la corporalidad aparece como el soporte de supuestas aptitudes y capacidades personales que se exteriorizan bajo la forma de cierta bonhomía desideologizante, en donde el cuerpo pasa a constituirse, como casi siempre en el presente, en un instrumento privilegiado y nunca denegado de comunicación.

El sentido político de las elecciones

Definitivamente en las próximas elecciones se pondrán en juego dos modelos políticos, ambos exponentes de concepciones ideológicas que se expresan en el mundo discursivo de manera contrapuesta. Uno más estetizante, que soslaya genealogías y procura el vaciamiento del sentido y otro que intenta resignificar la política trayéndola a escena en la confrontación de determinados intereses y perspectivas. Uno más preocupado por la forma, otro por el contenido. Uno que tiene como argumento central al individuo y su mirada reactiva es normativa y otro que privilegia la dimensión común y su perspectiva crítica es antagonista.

La política es la articulación crítica y disensual entre un problema concreto y la lógica general de dominación. En este sentido, es pertinente que los gurús publicistas asesoren a sus candidatos reaccionarios a emitir un discurso pospolítico que privilegie la asepsia gestionante y la administración “racional”. Desde cuándo los empresarios, ahora devenidos políticos, se han preocupado por los bienes públicos; nadie debe engañarse, su currículum los estereotipa –como a gran parte de la burguesía nacional– bajo el lema de privatizar las ganancias y socializar las pérdidas. En sus bocas el pronombre “nosotros” resulta, cuanto menos, inquietante respecto del quién. Un sentido común que devendrá indefectiblemente privado. Del “vuelve la alegría” –esgrimido por el ingeniero en su campaña publicitaria a todo micrófono abierto– al “Sonría, lo estamos filmando” –cartelería que ha invadido la ciudad promocionando la colocación de doscientas cincuenta mil cámaras de seguridad en el espacio público– puede leerse a modo de palimpsesto el ideario de esta derecha aggiornada.

Un sujeto político es aquel que supera la instancia de reclamar lo suyo y procura un reparto igualitario cuestionando la distribución jerárquica de las partes. Hace mucho tiempo que en la Argentina un gobierno no insistía tanto con la idea de redistribuir, y si bien esto es algo que todavía –y a pesar de la AUH– es más discursivo que real, la aspiración va a contrapelo de la negación o el silencio. La oposición ha expelido esta idea, por no decir toda idea: un afiche de la última campaña de Gabriela Michetti mostraba solo el rostro sonriente de la candidata y el isotipo del Pro. Las mitologías cuentan lo que se busca “en imagen”. Sin palabras, el abuso icónico es todo un contenido formal: ese “play” amarillo marca a toda la sociedad argentina como posibles consumistas de la “reproducción” de esa seña insoslayable que fue la década de 1990.

Los individuos existen en la sociedad a través del intercambio de símbolos. Nuestra miseria simbólica se expresa en que ya no participamos de su producción, sino la padecemos. Vivimos una época de colonialismo comunicativo en donde la dimensión interactiva augura cierto protagonismo virtual contrapuesto a la sensación de inautenticidad per-

cibida en la realidad. Con la proliferación de signos massmediáticos, la desvirtuada “realidad” —alguna vez “ser” ineluctable de la verdad peronista— ha perdido estabilidad frente a la imagen y ha destacado el aspecto cultural de las sociedades de consumo en la misma instancia en que se desregula la vida social y se apela a la variabilidad o desestructuración de las relaciones sociales.

Por eso, es hora de elegir entre una visión en donde prima la experiencia privada, o sea autorreferencial y mercantilizada o aquella que defiende cierta dimensión común, cooperativa o pública.

En definitiva, la supuesta alternativa potencial que presenta toda la oposición es la que adscribe a la política como administración o gestión de lo posible, despejando de su horizonte presente y prospectivo toda idea de conflicto. La impronta republicana pulcra que pone el acento en las normas jurídicas positivas del derecho ciudadano, en el consenso a la máxima potencia ocluyendo las diferencias efectivas y el drama social de nuestras sociedades, y claudica, conceptual e ideológicamente, ante la idea de seguir pensando la política en términos de la encarnación real de la libertad e igualdad en las formas de vida y en la experiencia sensible.

Cómo citar este artículo:

Bruera, Matías, “Del sentido de la política o la política del sentido”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 3, N° 19, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2011, pp. 225-235.